
DIÁLOGOS

FOUCAULT: MATERIALIDAD DE UN TRABAJO (I)

Entrevista a Daniel Defert, compañero de Michel Foucault, realizada en noviembre de 2015 por Alain Brossat, con la colaboración de Philippe Chevallier. Introducción y traducción de Rosa María Rodríguez Magda.

DANIEL DEFERT / ALAIN BROSSAT

Pocas veces profundizamos o podemos conocer los detalles íntimos, cotidianos, que rodean la labor creativa de un intelectual al que admiramos. Alain Brossat, filósofo, experto en la obra foucaultiana, nos ofrece esta posibilidad en su entrevista al sociólogo y fundador de AIDES Daniel Defert, quien fuera el compañero de Michel Foucault. La charla, en la que también interviene Philippe Chevallier, se desarrolla en el domicilio de Defert, donde encontramos aún objetos que rodearon la vida del filósofo: su mesa de trabajo, fotos, su máquina de escribir... Conoceremos sus hábitos de investigación, las relaciones con sus amigos y familia, sus gustos culturales, y el testimonio de la entereza con la que afrontó su enfermedad.

Michel Foucault nació en Poitiers el 15 de octubre de 1926 y murió en París el 25 de junio de 1984. Profesor en diversas universidades francesas y

de EEUU, ostentó la cátedra de historia de los sistemas de pensamiento en el Collège de France desde 1970 hasta su muerte. Obras suyas son *Historia de la locura en la época clásica* (1961), *El nacimiento de la clínica* (1963), *Las palabras y las cosas* (1966), *La arqueología del saber* (1969), *Vigilar y castigar* (1975), los tres volúmenes de su *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber* (1976), *El uso de los placeres* y *El cuidado de sí* (1984).

Alain Brossat ha sido profesor en la Universidad Paris VII, actualmente impulsor de la asociación *Ici et ailleurs*. Entre sus obras más recientes: *La Démocratie immunitaire*, *La Résistance infinie*, *Le Grand Dégoût culturel* o *Dictionnaire Foucault*. Agradezco a mi amigo Brossat la confianza al confiarme este texto para hacerlo accesible a los lectores en lengua española.

Una vida de atleta

Alain Brossat: Hace tiempo que busco la ocasión de preguntarte sobre lo que podríamos denominar la materialidad del trabajo de Foucault. La cuestión que me planteo es en el fondo bien simple: ¿Hay en la conducta de una "obra" (y estoy seguro de que él no habría utilizado este término) como la de Foucault una dimensión cuasi atlética, que supone una organización rigurosa de su tiempo, que implica pues, en lo cotidiano, una forma de vida? Pienso que se puede identificar toda una zona inexplorada entre, por una parte, lo que se escribe en las biografías, y que está esencialmente sometido al régimen del acontecimiento (de los capítulos de una vida que se encadenan) y, por otra, lo que revela el estudio de los textos, del análisis y del comentario de los libros y otras publicaciones. Existe toda una zona gris que se extiende ante los ojos y que está hecha de este tiempo de trabajo, de la disciplina que el investigador se impone, de los hábitos que lo estructuran. Porque ¿Foucault era un hombre de disciplinas y de hábito?

Daniel Defert: ¡Totalmente! Él me dijo un día una frase que yo recuerdo muy bien: "El trabajo intelectual no tiene suficiente materialidad. Hace falta construir esa materialidad con horarios estrictos: es preciso trabajar todos los días a la misma hora, como en un taller..."

A. B.: Eso es pronto por la mañana...

D. D.: Probablemente no antes de las nueve, incluso... De hecho, es muy difícil hablar de su trabajo, en la medida en la que una gran parte de él se efectúa en la biblioteca, rodeado de gente. Yo sería incapaz de decir si, en la biblioteca, se contentaba con leer o bien si leía y escribía más allá de tomar notas. En general, salía de casa hacia las 8,30 h., para estar en la biblioteca a las 9, y debía abandonarla hacia las 17.30 o las 18.h. A partir de esa hora, comenzaban las reuniones, aquí o en la ciudad. Era la hora de la vida social y política, de los encuentros, y después, las cenas –generalmente con los cercanos, los amigos íntimos: Pierre Cabat, Mathieu Lindon, Hervé Guibert, Thierry Voeltzel, por ejemplo, tres o cuatro personas. Estas tardes entre amigos se prolongaban raramente más allá de las 22 h. y eran seguidas por una hora de lectura– nada de lo que generalmente pudiera imaginarse: no las novedades literarias, no, leía *Les Mémoires d'outre-tombe*, todo Thomas Mann, Gogol, Kafka..., y a las 23 h, a la cama.

A. B.: ¿el trabajo se interrumpía durante los fines de semana?

D. D.: ¡No, no, no existían los fines de semana! Íbamos a ver exposiciones de pintura el sábado por la tarde, es cierto, pero la noción misma de fin de semana no existía... Y sobre todo, un día de fiesta, un día de Navidad sin escribir, ¡eso no habría sido posible! Foucault fechaba raramente sus escritos, pero habría podido poner al pie de un texto “el 25 de diciembre...”, lo habría hecho gustosamente siendo ese día el que “como todo el mundo sabe, no pasa nada desde varios cientos de años...”¹

A. B.: ¿Y las vacaciones ?

D. D.: ¡Tres días de vacaciones, y era el comienzo de la neurosis! Foucault podía aceptar abandonar su trabajo, pero para ir a trabajar a otra parte, para ir a dar cursos y, con esa ocasión, retomar lo que había hecho en París. Suspender el trabajo por vacaciones, era simplemente impensable. Recuerdo que después del escrito de *agregation*,

¹ Afirmación de Foucault con ocasión de la visita a su domicilio del novelista Jacques Almira (Prix Médicis, 1975), el día de Navidad.

yo había tenido que descansar antes de preparar el oral. Fuimos a Touquet. Íbamos a pasar allí tres días. Desde el segundo ya me percaté de que no era posible: hacía dos días que él no trabajaba, eso no era soportable, fue necesario regresar... Realmente, nosotros hemos hecho muy pocos viajes de placer. Cuatro días en el valle del Misisipi, creo –pero el coche debía estar lleno de libros, y sus reflexiones sobre el paisaje faulkneriano llenas de hallazgos (a él le fascinaba Faulkner)–. La mayor parte de las biografías no hablan del trabajo de Foucault. Hablan de los libros que escribía, o bien, como hace James Miller, dan la impresión de que Foucault era un hombre amante de las distracciones, lo que es evidentemente absurdo –era necesario que la distracción fuera muy seria...– La distracción, para él, tenía lugar entre las 18 h. y las 22h., en el tiempo de las relaciones sociales, y ello no le arrancaba ni un pedazo de su tiempo de trabajo.

A. B.: Llegarías a afirmar que tenía horror a lo que se llama “tiempo libre”?

D. D.: No exactamente. Iba al teatro, al cine, a conciertos, pero esto se convertía incluso en un trabajo: porque hablaba de ello, lo sintetizaba, hacía la crítica saliendo del espectáculo. Se notaba que lo había seguido todo activamente, era pues tiempo libre en el sentido de *otium*, no de *farniente*...

A. B.: ¿Iba sobre todo a ver espectáculos producidos en su entorno, por artistas cercanos...?

D. D.: Habitualmente recibíamos invitaciones. Es una de las ventajas del medio intelectual francés: se podía ir al teatro varias veces por semana, con invitación. En general, solíamos ver cosas a promocionar: el teatro de vanguardia del momento, el Festival de Otoño –Michel Guy² era amigo y nos perdíamos pocos eventos de este festival–. Había conciertos... Salíamos una o dos veces por semana.

² Michel Guy (1927-1990), mecenas y responsable cultural, creó en París el Festival d'Automne en 1972, a petición del presidente Georges Pompidou. Llegó a ser Secretario de Estado de la Cultura en el primer gobierno de Jacques Chirac (1974-1976).

A. B.: ¿Cómo se hacía la elección?

D. D.: No veíamos sino cosas un poco comprometidas en el plano estético, intelectual o político. No íbamos a la *Comédie française*, ni tampoco a la Ópera –salvo cuando Pierre Boulez dirigió *Wozzeck* o *Lulú* con sus arreglos³–. No veíamos cosas tradicionales, íbamos a menudo al teatro de los Amandiers, a ver las producciones de Chéreau...

A. B.: ¿Qué pensaba de la televisión? ¿teníais una en casa?

D. D.: La tuvimos tardíamente. Y creo que la compró por mí. Habíamos comenzado a vivir juntos, en dos apartamentos unidos (*rue de Vaugirard*), en 1970 –antes yo vivía en un apartamento al lado del suyo en el *boulevard de Grenelle*–. Y la tele, pues, creo que fue él quien me la regaló y que estaba en mi casa, una pequeña tele muy sencilla, en blanco y negro....

A. B.: ¿Qué veía Foucault? ¿Las noticias?

D. D.: Habíamos tomado gusto a los informativos con Christine Ockrent, de la que éramos muy fans, primero cuando era reportera, durante el gobierno de Giscard, después cuando presentaba el informativo de las ocho, a partir de 1981. No nos perdíamos el informativo de las ocho, habíamos cogido la costumbre. Antes estuvo *Le Pain Noir*, una serie que tuvo gran éxito⁴–no había nadie por las calles de París a la hora en la que se emitía esta serie que evocaba la condición obrera en el siglo XIX–. Seguimos esta serie con pasión, y después nos pusimos a leer las críticas de Maurice Clavel sobre la télévision⁵. Hubo todo un periodo en el que la televisión francesa era mucho más interesante que muchas otras, aunque nosotros nos incorporamos tardíamente.

³ Las dos óperas de Alban Berg, dirigidas por Boulez respectivamente en 1963 y en 1979, en la Ópera de París.

⁴ *Le Pain Noir*, serie realizada por Serge Moati a partir de la obra de Georges-Emmanuel Clancier, emitida de 1974 a 1975 en la segunda cadena de la ORTF, después Antenne 2.

⁵ En *Le Nouvel Observateur*, donde Maurice Clavel, amigo de Michel Foucault, era firma desde 1967 hasta su muerte en 1979.

A. B.: ¿Qué relación tenía Foucault con la cultura popular?

D. D.: El fenómeno rock, le impresionaba Woodstock, la cultura underground. Le llevé a escuchar a David Bowie al hippodrome d'Auteuil en 1983 y estaba entusiasmado. Aceptó sin reservas una entrevista en *Actuel*⁶, un *fanzine* leído por los adolescentes pero aborrecido por los maos. En Brasil, se emocionaba al ver a cualquier niño con un instrumento de música. También debatió sobre esta nueva cultura con Pierre Boulez⁷. Pero, sin embargo, era la música culta, clásica o contemporánea, la que él escuchaba. Había seguido algunas clases de Olivier Messiaen con Jean Barraqué.

A. B.: ¿No se interesaba por la chanson?

D. D.: ¿Qué cantante le gustaba? Le gustaba escuchar a Julien Clerc, y verlo, por supuesto. Julien Clerc le había invitado a participar en una emisión televisada, y aun cuando Foucault la había rechazado, le halagó la invitación. También citó a Trenet, ¡pero en la radio japonesa⁸: esto era lo que se esperaba de un francés en Japón! Sí, fuimos a escuchar a Montand en su regreso a los escenarios en el Olympia, en 1982, pero invitados, entre amigos. Igualmente Ingrid Caven: era la mujer de Fassbinder y Foucault seguía la renovación del cine alemán. Fassbinder vino aquí con Daniel Schmid, que era un íntimo y venía casi cada semana.

A. B.: ¿Tenía Foucault una posición concreta sobre la cultura de masas que era un tema que movilizó a muchos intelectuales durante los años 60 y siguientes, con esa suerte de adornismo difuso que se llevaba entonces?

D. D.: Yo no sé si él tenía un interés espontáneo sobre estos temas, pero, por ejemplo, con Dario Fo se vio muchas veces cuando venía a actuar a

⁶ “Par-delà le bien et le mal” (entretien avec des lycéens), *Actuel*, n° 14, novembre 1971, recogido en *Dits et Écrits*, t. 1: 1954-1975, D. Defert, F. Ewald (éd.), Paris, Gallimard, “Quarto”, pág.1091-1104.

⁷ “Michel Foucault/Pierre Boulez: la musique contemporaine et le public”, *CNAC Magazine*, n° 15, 1983, recogido en *Dits et Écrits*, t. 2: 1954-1975, D. Defert, F. Ewald (éd.), Paris, Gallimard, “Quarto”, pág. 1307-1314.

⁸ En 1978, intervención no publicada.

París. Nos invitaba a sus espectáculos y cenábamos juntos. Y aunque no entra dentro de la categoría de “cultura popular”, también coincidimos con Carmelo Bene, que era amigo de Jean-Paul Manganaro, su traductor, y, por otro lado, íntimo de Deleuze. Había todo un conjunto de gentes del teatro con las que entonces nos relacionamos, por ejemplo el *Living Theatre*: Judith Malina y Julian Beck que, cuando venían a París, casi siempre pasaban un día aquí. Hubo una época, hacia la mitad de los años 70, en la que toda suerte de artistas renovaban las artes con elementos de la cultura popular –su interés se centraba sobre todo sobre el cuerpo, era esto, puede ser, lo que les llevaba a discutir con Foucault...–. Genet venía también a menudo, en los años 70, porque él quería que un cierto número de intelectuales se movilizaran para hacer salir de la prisión a George Jackson. Catherine von Bülow, que trabajaba en Gallimard, trajo a Genet aquí, y como nos ocupábamos de las prisiones en ese momento, militamos juntos. Y después estuvo la Union de la Gauche y Genet tomó posición en favor de la alianza con el PC. Nosotros éramos reticentes. En este caso, Genet, perseguía un objetivo preciso: en ese momento la URSS apoyaba a los palestinos; los partidos comunistas árabes daban su dinero a los palestinos, lo que les dispensaba de emprender lo que sus gobiernos no querían que ellos hicieran en sus países respectivos. Así pues, Genet se alejó de nosotros acercándose al PC. De hecho, se trataba siempre de relaciones personales. Esto pasaba por otras mediaciones que la cultura popular. Hemos estado muy próximos, por ejemplo, de Ariane Mnouchkine y es cierto que *1789* y *1793*⁹, las hemos debido ver tres o cuatro veces; la revolución francesa era para Mnouchkine nuestra *Iliada* y nuestra *Odisea*... Nos hicimos amigos de Ariane, venía aquí. Por ejemplo la manifestación de los mendigos, la conocimos allí...

A. B.: ¿La manifestación de los mendigos?

D. D.: Sí, cuando el ministro de asuntos culturales de Pompidou, Maurice Druon, declaró que ya teníamos suficientes de esos artistas que venían con

⁹ Representadas respectivamente en 1970 et 1972, en la Cartoucherie.

el platillo de pedir limosna en una mano y un cóctel Molotov en la otra, Ariane Mnouchkine quedó tan afectada por esta declaración que discutió de ello con nosotros. Expuso –quizá incluso concibió– aquí su proyecto de una manifestación en la cual los artistas participarían a la manera de un duelo, poniendo en escena el entierro de la libertad de expresión.

A. B.: ¿Se podría hablar de una política de la amistad a propósito de Foucault?

D. D.: Sí, perfectamente. Ejercitaba una práctica de la amistad. Creo que era uno de los valores más fuertes de su vida: una amistad que estaba ligada a formas concretas de solidaridad, sin exclusividad política. Dumézil, por ejemplo: haría mal en situarlo a la derecha o a la izquierda, era un poco de esto y de aquello. No era un izquierdista, pero cuando su yerno se convirtió en ministro de Mitterrand, estuvo orgulloso de ello... Era un cristiano, anteriormente monárquico, que decía que, si la universidad se encontraba en tal estado, era a causa de “este imbécil de Henri IV”, porque ¡si el rey hubiera sido protestante, se hubiera tenido una verdadera universidad a la alemana! O incluso con Canguilhem, con Hippolyte: eran relaciones no solamente de admiración, sino también de fidelidad. Donde él ocupara un puesto, en cualquier sitio, Foucault los invitaba. Yo diría que mantuvo los mismos amigos a lo largo de toda su vida. No era alguien que rompiera las relaciones. Hay gente que frecuentó menos, incluso que dejó de frecuentar, pero era gente a la que había estado ligada por movimientos políticos más recientes. Las personas con las había estado ligado por amistad desde su juventud, siguieron siendo próximas durante toda su vida.

A. B.: ¿No se habría, pues, distanciado con nadie por motivos políticos?, sin embargo con Deleuze hubo algo de este cariz...

D. D.: Con Deleuze..., ellos no se enfadaron. Los contactos fueron distanciándose, pero creo que ahí había otra cosa... Yo recelaba de Deleuze. Su afilada ironía me daba miedo. No estaba a gusto a su lado, y se lo comenté. Después de la muerte de Foucault, él estuvo tan formidable,

tan amigable, que sentí vergüenza de haber dudado de él, y se lo dije... Me parece también que los trabajos de Deleuze con Guattari no apasionaban a Foucault. Guattari estaba muy centrado en temas como el extremismo italiano o alemán, mientras que Foucault desconfiaba (sospechaba de la mano de Moscú), tampoco las máquinas molares... La alianza entre Deleuze y Guattari ha podido separarlos al uno del otro. Pero cuando Foucault estuvo enfermo, pidió ver a Deleuze. Llamé a Deleuze, que quedó muy afectado, pero el encuentro no fue posible a causa de los médicos, que pusieron pretextos sanitarios –de hecho fue solamente porque tenían miedo de cualquier visita al hospital, miedo de la expansión del contagio, simplemente...– Y ocurrió lo mismo con Barthes: nunca hubo distanciamiento entre ellos. Se habían ido viendo menos, pero con el deseo de volverse a ver, –esto es, por otra parte, lo que ocurrió: Foucault, que lo había hecho elegir en el Collège¹⁰, lo visitó en el hospital–.

A. B.: Había gentes que Foucault no soportaba y él no lo ocultaba, se encuentran pistas de ello en Dits et Écrits...

D. D.: Si, ciertamente...Yo diría que Foucault era un hombre moderadamente sincero, pero creo que tenía una estima limitada por más gente de lo que dejaba traslucir.

A. B.: A veces se percibe en Dits et Écrits; hay, con motivo de enfrentamientos, pequeños ataques que son deliberados y que van un poco más allá de lo que se considera aceptable en el medio universitario...

D. D.: De hecho, a él no le gustaban las mentiras. Que no se estuviera de acuerdo con él lo encontraba normal, es la regla en la vida intelectual, pero que se dijera una cosa que él no había dicho, o que se dijera que no había hablado de una cosa de la que había hablado; esto, no lo soportaba...

¹⁰ El Colegio de Francia es una de las instituciones académicas más prestigiosas de Francia. Foucault fue catedrático de Historia de los sistemas de pensamiento en el Collège de France (de 1970 a 1984) en reemplazo de la cátedra de Historia del pensamiento filosófico que ocupó hasta su muerte Jean Hyppolite. Roland Barthes dio su lección inaugural en dicha institución el 7 de enero de 1977. (Nota de la traductora).

A. B.: Especialmente por parte de ciertos comunistas...

D.D.: ... que hacían una lectura ideológica de sus textos. Recuerdo un intercambio de correspondencia que duró bastante tiempo con el director de *La Pensée* en ese momento, en el cual Foucault había retomado a propósito todas las injurias comunistas del estilo de “víboras lascivas” etc. “Deseamos publicar su respuesta, pero sería necesario suprimir eso...”, le había respondido el director. Si, Foucault era un polemista...

A. B.: Aunque es necesario señalar que él no buscaba las polémicas...

Un tiempo siempre medido

A. B.: Has comentado la importancia de la autodisciplina y de los horarios fijos, pero ¿podía haber excepciones, por un motivo especial, para ver a una persona importante que pasara por París, por ejemplo...?

D. D.: Sin duda. Foucault no era rígido, pero en el fondo tales ocasiones no eran tan frecuentes. Globalmente, todo funcionaba según las costumbres que he dicho. Si no iba a la Biblioteca Nacional, se ponía a trabajar, en kimono. La mesa estaba allí (señala una mesa de teca, repleta de papeles, de libros), es en esta donde escribió la *Historia de la locura* –porque había conservado el mobiliario de trabajo de Uppsala, como este sillón (en el que yo estoy sentado, AB)–. *Vigilar y castigar* fue escrito sobre esta mesa blanca (la muestra), después reescrito sobre esa otra, de allí (señala la primera mesa).

A. B.: ¿Era alguien que tenía un ritual de escritura? ¿tenía un lado fetichista en su trabajo ?

D. D.: No sabría decir... ¿a qué te refieres ?

A. B.: Cuando se escribe se tienen siempre manías...Por lo que a mí se refiere, yo no puedo ponerme a escribir sin haber cumplimentado un cierto número de ritos de alineamiento destinados a conjurar no sé qué malvado espíritu...

D. D.: Fuera de la costumbre de concluir todos sus libros en la propiedad familiar de Vendevre¹¹, no veo ninguna más. Incluso me prohibí consignar estos aspectos de su vida. A veces, cuando se encontraba con ciertas personas, yo me decía que quizás valdría la pena tomar notas, por ejemplo de sus discusiones con Habermas. Yo lo he hecho cuando me he cruzado con otras personas menos determinantes, como Gabriel Marcel, del que era vecino, también Raymond Aron, con quien discutí de mayo del 68 en el momento crucial de los acontecimientos. Pero este género de cosas no deseaba hacerlas con Foucault, no quería hacer la “petite dame”¹². Y después, me lo he cuestionado, revisando la cantidad de lo que había producido. Ver trabajar a alguien es una cosa, ver el resultado es otra. Los cursos publicados después –que yo había en su mayoría escuchado– revelaron ser verdaderos libros, con una lógica de libros, incluso si yo lo sabía desde siempre. He seguido los cursos de Martial Gueroult en Saint-Cloud ; y bien, un curso de Guérout, eso no hace un libro. En una hora no había desarrollado sino tres líneas de Spinoza, mientras que Foucault, en trece sesiones, nos hacía descubrir y atravesar cada vez una nueva problemática. En resumen, yo he visto trabajar a Foucault sin pretender analizarlo. Ha sido después, de repente, cuando me ha llamado la atención su secreta coherencia: el retorno de las mismas cuestiones en diferentes momentos, con este desplazamiento que conlleva cada secuencia de trabajo. Hay una frase que me ha impactado, creo que está en el primer curso sobre las prisiones; Foucault dice que para que haya un sistema penitenciario, hacen falta tres condiciones: Un Estado represivo, una sociedad represiva y una tecnología punitiva. Pues bien, el curso *Teorías e instituciones penales* (1971-1972) describe el nacimiento del Estado represivo; sigue *La sociedad punitiva* (1972-1973), después viene *Vigilar y castigar* (1975) con el modelo panóptico. Es decir, que las tres condiciones requeridas son apuntadas desde el primer año, como si tuviera ya toda la arquitectura de su proyecto, al mismo tiempo que lo busca... Pienso que hay un cierto

¹¹ Vendevre-du-Poitou, donde la familia Foucault tenía una propiedad “Le Piroir”, en la que vivía su madre y donde Foucault volvía cada verano.

¹² Maria van Rysselberghe, confidente de André Gide, fue apodada la “petite dame”, en referencia a los “Cahiers de la petite dame”, editados postumamente en los *Cahiers André Gide*.

número de interrogantes fundamentales que son planteados desde los años 50 y que no han cesado de ser profundizados y desplazados como los *leitmotivs* wagnerianos. Creo que es una obra fuertemente anclada sobre algunos desafíos clave, muy coherente, contrariamente a la percepción que se tiene de ella a menudo. Pienso en la introducción de Gary Gutting¹³.

Philippe Chevallier: Se abusa demasiado del “Foucault contra Foucault”...

D. D.: Recientemente leía reseñas de prensa sobre la edición de la Pléiade: se pone siempre el acento sobre la multiplicidad, la ruptura, la completa renovación... Es verdad, pero lo que me sorprende, es también el rigor en el retorno y la profundización de los mismos interrogantes filosóficos.

A. B.: Y al mismo tiempo, podía abandonar una obra que no le decía ya nada... Y esto, es incluso una cualidad, porque si tú te sientes completamente ligado, comprometido por una suerte de compromiso de fidelidad a lo que tú has anunciado, corres el riesgo de convertirte en el esclavo de una cosa que ya no deseas hacer, y quizás por buenas razones...

D. D.: No es esto lo que yo deseo evocar: él no era fiel a un programa –¡el programa es para los circos!– Así, cuando anuncia en *La voluntad de saber* una serie de trabajos sobre la sexualidad, el tema está agotado antes de ser escrito. No, aludo a la recurrencia y la profundización en las mismas problemáticas. La fidelidad a sí mismo, no a un programa anunciado. ☺

[La segunda parte de esta entrevista se publicará en el próximo número, 252.]

ROSA MARÍA RODRÍGUEZ MAGDA ES FILÓSOFA Y ESCRITORA, AUTORA ENTRE OTROS ENSAYOS DE *FOUCAULT Y LA GENEALOGÍA DE LOS SEXOS*, *TRANSMODERNIDAD O LA CONDITION TRASMODERNE*.

¹³ Gary Gutting, “Michel Foucault: A user’s manual”, en *The Cambridge Companion to Foucault*, G. Gutting (ed.), Cambridge, Cambridge, University Press, 1994.